

Cap. I.18

X Elecciones generales. 2008

La cima de Zapatero

Tras acceder al poder, Zapatero enseguida se caracterizó por llevar a cabo políticas nítidamente izquierdistas. A las que la derecha, deprimida y sin poder asimilar la derrota de 2004, no acertaba a oponerse con visos de rentabilidad electoral futura. En ese contexto, la legislatura se aventuraba entre un reformismo progresista que metiera al PSOE en un nuevo ciclo electoral, y los intentos del PP por demostrar que estas elecciones habían sido una excepción y que su ciclo electoral debía continuar tras el 2008. Un estado de confusión del que Baleares no estuvo exento y que pasaría por un nuevo vuelco en que el PP sería descabalgado del Govern ante un renovado pacto de izquierdas.

El contexto nacional

La primera legislatura de Zapatero fue muy, muy tensa. En el lado del PP, la derrota fue mal encajada desde muchos sectores del partido que ya desde el inicio pusieron en duda la legitimidad de la victoria socialista. A esta frustración mayúscula por la inesperada derrota se le fueron sumando las sucesivas iniciativas políticas izquierdistas de Zapatero que irritaban sobremanera a la derecha - salida de las tropas españolas de Irak, ampliación de supuestos de aborto, matrimonio homosexual, ley de memoria histórica, regularización masiva de inmigrantes o la luz verde a las reformas estatutarias autonómicas - que tuvieron como uno de sus puntos culminantes la negociación con ETA

saltándose – a ojos de la derecha - los más elementales pasos intermedios como el arrepentimiento de los terroristas, la opinión de las víctimas, la entrega de las armas o un alto el fuego definitivo.

A principios de legislatura, en junio de 2004, se habían celebrado las quintas elecciones europeas. El PP, aunque abatido por la pérdida en las generales, partía como favorito en la creencia que se impondría la realidad electoral previa al fatídico marzo anterior, y confiaba en obtener los mismos resultados que en las anteriores, es decir, alrededor del 40%. Así obtendría un cierto bálsamo para sus recientes heridas. Con Mayor Oreja como cabeza de lista obtuvo efectivamente dos puntos más que en las anteriores europeas y cuatro más que en las generales, pero no contó con que el PSOE, en plena activación de sus bases por el reformismo izquierdista de Zapatero, repetiría el mismo 44% que en las generales y ocho puntos más respecto de las europeas anteriores. Teniendo en cuenta la bajísima participación – que no llegó al 46%-, quedaba meridianamente claro que tras lo acontecido en los cuatro meses anteriores se había instalado una renovada confianza en el PSOE, mayoritaria, la cual se propulsaba por el hundimiento – además -, de Izquierda Unida, que caía hasta el 4%.

Internamente el PSOE estaba encantado. En el XXXVI Congreso, de julio de 2004, todo se había desarrollado con la dulce tranquilidad que da el poder, proclamando secretario general a Zapatero y colocando a Manuel Chaves y a José Blanco en la cúpula del partido, bajo una clave absolutamente continuista, convencidos de que las elecciones del año 2008 irían todavía mejor que los de 2004.

En el PP las cosas eran lógicamente diferentes. Tras la segunda derrota de las europeas pocos daban un céntimo por la continuidad de Mariano Rajoy, pero contra todo pronóstico, los barones regionales no estaban dispuestos a cambiar el *statu quo* de sus propias áreas de poder. Además, el aparato forzó una muda en los estatutos para pasar de exigir 50 avales para presentar candidatura a la

presidencia del partido a 600 -un tercio de los compromisarios-, lo que hizo desistir cualquier intento por competir contra Rajoy. Así pues, el XV Congreso, de octubre de 2004, se saldó deprisa, con escasa autocrítica y un continuismo disfrazado de renovación, donde si bien se aupó a una desconocida Soraya Sáez de Santamaría a la secretaría ejecutiva, todos los barones regionales quedaron en puestos clave en un claro gesto para que los congresos regionales siguieran la misma estela de continuidad. Con todo y con esto no se podía ocultar el hecho evidente de que Rajoy no despertaba ningún entusiasmo, no solamente por haber perdido dos elecciones, que también, sino sobre todo por su forma poco enérgica de llevar la oposición.

Animado por esta debilidad opositora, y apostando fuerte para conseguir la paz en el País Vasco, en junio de 2005 Zapatero consigue el apoyo del Parlamento para negociar con ETA. A lo que respondió en marzo del 2006 la banda terrorista con un “alto el fuego”. Sin embargo, el último día del año, un nuevo atentado con dos muertos hizo saltar por los aires la estrategia de negociación. A partir de ese momento, el PP recuperó parte de su energía perdida y tomando como bandera una política antiterrorista mucho más intransigente, así como una frontal oposición a los intentos de Pasqual Maragall por declarar formalmente a Cataluña como nación, comenzó una mucho más intensa oposición al PSOE.

La tensión fue creciendo entre los dos partidos mayoritarios a medida que la oposición conservadora se endurecía. Y, además, los sectores sociales más derechistas, empezaron a celebrar masivas manifestaciones en las calles de Madrid contra la negociación con ETA, contra el matrimonio homosexual, contra la ampliación del aborto y contra lo que los medios derechistas llamaban la “ruptura de España”. Todas las fuerzas de la derecha política, social, y mediática, incluyendo a la jerarquía de la iglesia católica estuvieron activadas en aquel cuatrienio como no lo habían estado desde los tiempos de la Transición.

Más duro fue el debate mediático y parlamentario cuando las reformas de los estatutos de autonomía de Cataluña y del País Vasco llegaron a las Cortes.

Aunque el primero fue considerablemente rebajado en sus planteamientos nacionalistas y el segundo –conocido como el Plan Ibarretxe- simplemente fue rechazado por el Congreso, la mera aprobación en los respectivos parlamentos autonómicos mereció la dura condena por parte del PP, que veía en todo ello parte de una irresponsable maniobra política socialista para aislarle y dejarle sin potenciales aliados.

Se dijo entonces que la derecha había tomado la calle por primera vez en su historia, pero aunque efectivamente fue así, el rédito electoral enseguida se comprobó que no existía, o no al menos tanto como hubiera gustado a los promotores. En las elecciones autonómicas del País Vasco en abril de 2005 el PP bajaba del 23% al 17%, el PSOE subía del 18% al 23%, y el PNV se hacía de nuevo con en el gobierno con un 39%, su segundo mejor registro. En las gallegas de junio del mismo año, y por primera vez en su historia, un pacto entre socialistas y nacionalistas ganaba el gobierno autonómico, con una fuerte bajada del PP del 52% al 45%. Y en las catalanas de noviembre de 2006, escasas diferencias de voto permitieron volver a gobernar al tripartito, dando la presidencia del gobierno nuevamente al PSC, en la persona de Maragall, y repitiendo el PP con un escaso 11%. Estaba claro que la estrategia de tensión en las calles de Madrid no estaba resultando y si, en cambio, la del PSOE.

Así, la recta final hacia las elecciones de 2008 no era para Zapatero en absoluto mala, pues parecía que a mayor agitación de los círculos más conservadores, mayor activación de las bolsas de voto socialista. Dicho de otro modo: era la mejor garantía electoral para revalidar lo conseguido en el 2004 y acallar para siempre la verosímil teoría de que aquella victoria había sido más que por el emergente liderazgo de Zapatero por una simple reacción emocional a las circunstancias del atentado de Atocha.

Precisamente uno de los mejores indicadores de la buena estrategia socialista que acaparaba el espacio progresista, residía en el estado en que estaba Izquierda Unida. El nefasto 5% obtenido en las generales de 2004 no había

hecho sino acrecentar una decadencia que iba en relación inversa al ascenso del PSOE. Gaspar Llamazares, al mando de los más moderados y favorables a pactos con otras fuerzas progresistas en cada región, se enfrentaba al sector más radical, ortodoxamente comunista, que le recriminaba su ineficaz estrategia. Las divergencias llegaron a ser de tal calibre que en pocos meses las facciones Corriente Roja y el Partido Revolucionario de los Trabajadores abandonaban la coalición, a la vez que en el País Vasco IU se transformaba en Ezker Batua, como partido asociado, pero independiente. Llamazares, que vió peligrar su liderazgo, convocó entonces una Asamblea Federal Extraordinaria en diciembre de 2004 en la que debía elegirse parte del Consejo Político Federal cuyos miembros luego, en el mes de enero, debían a su vez votar al nuevo líder. La elección ya fue precedida de quejas por supuestas irregularidades en la mecánica del voto, pero la complejidad del sistema de elección diferido favoreció a Llamazares ante Enrique Santiago (apoyado por Frutos y Alcaraz), y fuera como fuere, obtuvo de nuevo la condición de coordinador general de IU.

Inmediatamente después, y ya durante toda la legislatura, Llamazares y su grupo -incluidos los dos diputados de *Iniciativa per Catalunya*- dieron apoyo al presidente socialista, lo que motivó críticas añadidas por parte del sector más radical comunista, alegando que era lo mismo que regalar votos al PSOE. Más o menos así fue, y en las elecciones locales y autonómicas de 2007, aunque con similar porcentaje, IU perdió, en relación a las del año 2003, más de un cuarto de millón de votos. El futuro de Llamazares quedaba, al igual que el de Rajoy, pendiente de los resultados de las generales.

Aunque es difícil extrapolar resultados entre tipos diferentes de elección, la realidad es que las autonómicas de 2007 fueron tomadas por los dos principales partidos como un termómetro de lo que podía ocurrir un año después en las generales. Pero más allá de cada uno barrera para casa, más el PP que el PSOE, los resultados obtenidos no supusieron cambios que permitieran pronosticar ningún vuelco. El PSOE repetía un 37% respecto de las anteriores autonómicas pero ganaba capitales como Palma de Mallorca, Vitoria o Las

Palmas y el PP, aunque subía dos puntos, del 44% al 46%, no ganaba ningún territorio significativo y perdía incluso Baleares. Además de ello, si a estos resultados de las 15 autonomías que celebran elecciones de manera simultánea agregamos los de aquellas que se rigen por el artículo 151 -Galicia, Cataluña, País Vasco y Andalucía-, entonces aparecía un empate al 37%, exactamente lo mismo que cuatro años antes.

El desastre del PP en las autonómicas

En Baleares el PP gobernaba desde el año 2003. La necesidad de Jaume Matas de desmarcarse del Pacto de Progreso, junto al sólido apoyo electoral que le daba un partido cuya diferencia con el PSOE se había mantenido entre 15 y 20 puntos desde el año 1990, le hizo diseñar una legislatura de realización de grandes obras. La estrategia funcionó electoralmente, ya que a pesar del ímpetu socialista, tanto en los comicios generales de 2004 como en los europeos de 2005 consolidó en ambas un suelo del 47% manteniendo una brecha con el PSOE de siete puntos. Ello impulsó más confianza si cabe en Matas, imprimiendo a partir de 2005 una hiperactividad en todos sus proyectos que dejaba sin apenas espacio a que la oposición pudiera criticarlas más allá de la consabida destrucción del territorio. Es cierto que la izquierda fue dura, pero el PP coordinado por Rodríguez llegaba a principios del año 2007 cohesionado en torno a Matas, a su gobierno y a sus proyectos de gestión.

El día de las elecciones autonómicas de 2007 nadie dudaba que el PP revalidaría la mayoría absoluta. Sus encuestas internas daban por perdida Ibiza – por el fuerte rechazo a las carreteras -, pero daban ganadas Formentera y Mallorca, esta última por escaso margen ante lo cual Matas optó por poner a Rosa Estarás como contrapeso a Maria Antonia Munar y asegurar con ello el Consell Insular de Mallorca. La izquierda más nacionalista reaccionó y toda ella se presentó bajo la candidatura del Bloc per Mallorca, agrupando a PSM-EN, EU, EV y ERC, lo que originó que a pesar de conseguir el PP el mejor registro de su historia (casi el 47%), quedara a unos dos mil votos de la mayoría

absoluta. En un trabajo posterior se analizarán otros aspectos de estas elecciones y que se encuentran actualmente en vía judicial, pero en cualquier caso, y tras los resultados, la UM de Munar no dudó ni 24 horas en optar nuevamente por un pacto con Antich a cambio de que ella misma presidiera el Parlamento y UM entrara tanto en el gobierno autonómico como en el insular de Mallorca.

Cuando el PP pudo asimilar el desastre, se expandió entre las bases la certeza de que se avecinaba una crisis muy profunda. En pocos días Matas decidió dimitir como diputado e irse a trabajar a los Estados Unidos, nombrando a Rosa Estarás como su sucesora pero quedándose él la virtual presidencia del partido. Creyó que así habría una transición tranquila, pero como ocurre siempre que se pierde el poder, la lucha por recuperarlo no respeta tiempos ni jerarquías, y a las primeras de cambio, en el verano del 2007, Miguel Ramis reclamaba un congreso extraordinario en el que él, claro está, que había sido portavoz del partido, se postulaba implícitamente como candidato. Rajoy prefería a Rosa Estarás, a la cual intentó digitar sin convocar ningún congreso dada la cercanía de las generales de 2008, pero las presiones dentro y fuera del partido eran tantas, que no hubo otro remedio que fijar una fecha para el mismo una vez pasadas las generales, intentando que en el paréntesis existiera la mayor paz posible. Imposible de conseguir. Era evidente que los comicios a Cortes de 2008 se presentaban para el PP en unas circunstancias más que malas, nefastas.

Estarás, consciente de que tarde o temprano tendría que someterse a un congreso, optó por no abrir nuevos frentes y la primera semana de enero renovó a María Salom como cabeza de lista, quizás la opción menos comprometida una vez eliminado Miguel Ramis porque eran sabidas las diferencias con Estarás y por lo tanto con el comité de dirección. El resto de la lista la componían el ya clásico Enrique Fajarnés por Ibiza, Juan Carlos Grau por Menorca y Maria Antònia Mercant por Mallorca, siendo candidatos al Senado el exalcalde de Palma Joan Fageda y Joana Xamena por Mallorca, José Seguí por Menorca, y Toni Marí por Ibiza.

Pero ni siquiera con listas de consenso se mejoraban las perspectivas electorales. La derrota autonómica, junto al vacío de poder dejado por Matas llevó a tal desgobierno, que no sólo afectaba a los cuadros dirigentes, sino que así era percibida por muchos de sus votantes y desde luego por los medios de comunicación. Dos meses antes de las elecciones una demoledora encuesta del Instituto Balear de Estudios Sociales para *Ultima Hora* avanzaba que, por primera vez desde 1986, el PP podría no ser el partido más votado.

La izquierda se prepara

En el PSOE el panorama era inversamente proporcional. Desde el congreso regional de julio de 2004 en que el crítico Damià Cánovas renunció a presentarse, permitiendo la reelección de Antich sin ninguna oposición, se había tranquilizado mucho el partido. Más todavía cuando en mayo del 2007 obtuvo, por segunda vez y de manera inesperada, la presidencia del gobierno balear, gracias al pacto con UM. En 2008 el liderazgo de Antich era pues total y no tenía ningún grupo en contra, habiendo repartido el *pastel* del poder con bastante minuciosidad para no tener problemas de celos ni de competencia. Incluso Margarita Nájera, la discolora alcaldesa de Calvià hasta 2003 y que el popular Carlos Delgado había desbancado, se sumó al gobierno de Antich sin rechistar. En esta situación se consideró prudente usar como cabeza de cartel para el Congreso el perfil extremadamente bajo del cuatro veces senador Antoni Garcías, quien había sido conseller de presidencia de Antich en el gobierno de 1999 a 2003. Le seguían en la lista otros bajos perfiles como María Gracia Muñoz, de Lluçmajor, José Manuel Bar Cendón, de Ibiza, y Miriam Muñoz, de Palma, escogiendo como seguro senador al inquero Xavier Ramis.

En la izquierda nacionalista, los 40.300 votos y casi el 9% que había obtenido la coalición *Progresistes per les Illes* en las generales del 2004 habían animado a sus integrantes a reeditar el pacto de cara a las autonómicas del 2007, convencidos de que el hecho de ir todos juntos en Mallorca, complicaba sobremanera al PP obtener la mayoría absoluta en dicha circunscripción. Así,

bajo las siglas *Bloc per Mallorca* (PSM, EU, *Els Verds* y ERC), consiguieron casi 38.000 votos (un 11% y cuatro diputados por Mallorca), pasando a formar parte del gobierno de Antich con dos consejerías. La fórmula de alianza había sido electoralmente muy rentable (en Menorca se presentaron PSM, EN y Verdes, obteniendo también un diputado), pero políticamente inestable. Las discrepancias surgidas en la cohabitación ya durante el primer año de Govern alejaron tanto a sus integrantes de nuevas aventuras, que a efectos de las generales de 2008, la unión saltó por los aires.

La decisión de romper la coalición fue tácticamente error pues le alejaba de la posibilidad tantas veces soñada de tener un diputado en Madrid, pero el PSM, liderada ya de facto por su número uno en el parlamento autonómico Biel Barceló, al que le tocaba liderar el proyecto, nada quería saber de una EU cada vez más controlada por el sector clásicamente comunista de Grosske. Además de ello, los nacionalistas comenzaron a recibir una alta presión tanto de UM, como de *Entesa per Mallorca* –los escindidos del PSM en 2006, debido al pacto con EU- como del nacionalismo más extremo de ERC para formar una nueva coalición “exclusivamente nacionalista” con el objetivo de crear, según escribía en el *Diari de Balears* el líder de *Entesa*, Biel Huguet, el definitivo “tercer espacio”. Al final el PSM cedió, y aceptó formar parte de la nueva plataforma *Unitat per les Illes* junto a *Entesa Nacionalista*, *Entesa per Mallorca*, ERC, UM, los Verdes de Menorca y pequeños partidos independientes locales, siendo presentada el 22 de enero ante las prensa, es decir, apenas mes y medio antes de las elecciones.

Ante este viraje espectacular, *Esquerra Unida* y *Els Verds* quedaron totalmente descolocados. En el seno de EU, la decisión del PSM supuso el abismo definitivo entre los partidarios de consolidar una unión estratégica con este partido, aún a costa de romper con la IU nacional – idea que defendía el sector minoritario de la consejera autonómica Fina Santiago y el consejero insular Miquel Rosselló-, y los que aún aceptando la alianza con el PSM mantenían la voluntad de permanencia de las siglas propias y su relación con la IU nacional -sector

mayoritario de Manuel Cámara y Eberhard Grosske-. Mientras tanto, *Els Verds* de Mallorca, íntimamente cercanos al sector minoritario de EU proclive al nacionalismo, optó por mantenerse en coalición con la formación neocomunista, a pesar de que sus homólogos en Menorca se coaligaban con el PSM de aquella isla. Así nació, pues, la coalición *Esquerra Unida-Els Verds*, cuyas opciones electorales, siendo malas, quedaban incluso por debajo de las de Unitat, habida cuenta de su histórico electoral en solitario, cuyo referente más cercano había sido el 3% obtenido en las europeas de 2004. En su desesperada estrategia captaron como número 1 a la joven periodista Marisol Ramírez, un intento improvisado de no quemar inútilmente a ningún político conocido, pero que tuvo como contrapartida su inexistente notoriedad a sólo un mes de la cita electoral, así como un perfil que a muchos se le antojaba inadecuado para el que los comunistas querían transmitir. En una entrevista para el Diario el Mundo un internauta le preguntaba como una comunista como ella podía vivir en un ático en el centro de Palma y tener como utilitario un coche de alta gama, a lo que contestó “en Izquierda Unida muchos tienen el mismo coche que yo”. Todo pintaba negro para la coalición.

En UM, las elecciones generales se tomaron otra vez más como ejercicio táctico en clave local que como una competición a urnas nacionales, en las que nunca habían tenido opción alguna de nada. En esta ocasión su *victoria*, además, ya estaba conseguida, pues no consistía en ningún resultado electoral concreto, sino en haber arrastrado al PSM a una coalición estrictamente nacionalista y haber dejado en una situación harto comprometida a EU y a los Verdes. A la sazón, Bartomeu Vicens, dirigente de UM, confiaba a unos periodistas, en conversación informal en los pasillos del Parlamento, “ya hemos hecho el trabajo que teníamos que hacer, ahora quienes perderán serán ellos”. Y tenía razón. El mal resultado de UM quedaría disimulado en el cómputo general, mientras que el PSM, no sólo tendría que ver su mensaje difuminado en un conflicto ideológico con los Verdes y con ERC, sino que Pere Sampol –senador en representación autonómica- ocuparía el número 1 de la candidatura, y por lo tanto asumiría como propio el seguro fracaso de la coalición. Éxito táctico: UM se encontraba

exultante. Por primera vez parecía tener todo lo que siempre había deseado; a su archienemigo, el PSM, a sus pies, y tanto poder institucional como había deseado. Eso sí, nadie dentro ni fuera de UM podían siquiera sospechar lo que iba a ocurrir dentro del partido sólo dos años después.

La precampaña y la campaña.

El presidente del gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, convocó las elecciones para el 9 de marzo, pero la precampaña ya había empezado a notarse desde el otoño anterior. En estas fechas, el CIS publicaba una encuesta preelectoral en la que se mostraba que la economía había pasado del segundo al primer problema en la consideración ciudadana, justo al contrario que el terrorismo, que había pasado en solo un año del primero al segundo.

Quizás por ello, el 18 de octubre el PSOE iniciaba su particular propaganda basada en el eslógan “Z de Zapatero”, en la que se vendía los logros de su primera legislatura en materia social, pero comenzaba un rosario de promesas cuyo denominador común era aumentar el nivel adquisitivo de los ciudadanos mediante medidas de fuerte impacto como la supresión del impuesto de patrimonio, el aumento de las pensiones, la elevación del salario mínimo, la devolución de 400 euros en la declaración de la renta y prometer el pleno empleo.

Al comenzar el año 2008 en el PP ya eran conscientes que algo no iba bien en la economía nacional y centraron la precampaña en poner en evidencia al gobierno alegando que las cosas estaban peor de lo que decía Zapatero. Los socialistas le acusaron de mentir y solo llegaron a aceptar que se estaba padeciendo una ligera “desaceleración”, ante la cual el gobierno anunció el 2 de febrero que se invertiría de forma inmediata 1.000 millones en obras públicas. Puede decirse que el debate lo ganó el optimista Zapatero, quien se pasó dos meses negando la crisis con vehemencia e incluso con declaraciones como que “España jugaba la *Champions League* de las economías mundiales”, llegando a

las elecciones anulando casi por completo el mensaje de advertencia del PP tildándolo de tremendista.

Este efecto hipnótico también llegó a Baleares. A principios de 2008 sólo el sindicato más cercano al PSOE, UGT, alertaba de ciertos peligros y su secretario general, Lorenzo Bravo, ante los datos de paro del mes de enero, con más de 50.000 personas en la fatídica lista isleña, alertaba que “se han encendido todas las alarmas”. Sin embargo, el secretario general de CC.OO., Josep Benedicto siguiendo la tesis gubernamental de una “ligera desaceleración” contestaba unos días después en una entrevista en *Última Hora* que “no estamos al inicio de una crisis ni de una recesión”. Tampoco la Cámara de Comercio pensaba que fuera una situación preocupante, pues según su presidente, Gual de Torrella, “no hay alarmas ni recesión posible” sino una mera “recomposición del sector de la construcción”. De igual forma, Carles Manera, consejero de Economía del gobierno autonómico de Antich aseguraba que “existe un cierto retraimiento en la construcción, pero no se puede hablar de ninguna manera de crisis”. Y al mismo carro del optimismo pétreo se apuntaba el Colegio de Arquitectos: “no hay crisis, solamente un reajuste” básicamente “de la construcción”, decía su presidente Luis Corral. Curioso: solamente el sindicato más cercano al PSOE veía, igual que el PP, lo que se avecinaba. El resto o no lo veían o no querían verlo.

Economía al margen, los partidos de baleares intentaban transmitir a sus potenciales votantes mensajes en clave local. Los minoritarios de la coalición *EU-Verds* hacían lo posible por mantener un tono optimista, a pesar de haber sido repudiados por el PSM, hasta el punto de que Miquel Àngel Llauger, d' *Els Verds*, declaraba el 3 de febrero al *Diario de Mallorca* que la suya era “una lista de todas y cada una de las islas que recoge las diferentes sensibilidades de la izquierda”, lo cual, a su entender, ya bastaba para dar la sorpresa en las urnas. La coalición nacionalista *Unitat*, por su lado, denunciaba de forma tópica el bipartidismo PP-PSOE al cual iba a batir consiguiendo “un diputado, al menos”, en palabras de Pere Sampol, recogidas en *Última Hora* del día 5 de febrero tras

el lanzamiento de su candidatura, en la cual se había contado con la presencia de todos los representantes del nacionalismo social, destacando entre ellos el presidente de la Obra Cultural Balear, Jaume Mateu.

Esta alianza estrictamente nacionalista fue la gran novedad de aquella campaña. Algunos de sus dirigentes llegaron a creerse de verdad que podían obtener un escaño o incluso más. Ninguna encuesta lo planteaba, pero Biel Huguet, líder del minúsculo grupo *Entesa per Mallorca* –los escindidos del PSM en 2006-, que había sido uno de los muñidores principales de la aventura, aseguraba a la sazón a todo periodista que lo escuchara que “era imposible” no obtener al menos un escaño, y probablemente dos. Y hablaba en serio. No era el único. *Unitat* se presentó el 14 de febrero en Barcelona anunciando Sampol al catalanismo de la metrópolis que “contra el provincianismo apelamos a la dignidad del pueblo”, ese pueblo que en las urnas demostraría su fuerza nacionalista y rompería, “seguro”, el bipartidismo. Sin embargo en privado otros dirigentes, de UM especialmente pero también alguno del PSM, tenían la certeza del fracaso electoral. Como antes se ha dicho, los que tenían la certeza del fracaso –que entendían que sería su triunfo- eran los dirigentes de UM, que sin embargo solamente confesaban sus esperanzas de batacazo en conversaciones informales con periodistas, de las que se puede negar haber mantenido si interesa.

Los partidos mayoritarios baleares no hicieron nada reseñable en esta campaña, al menos fuera del guión establecido por Madrid, aceptando sin rechistar que en las Islas todo fuera en clave absolutamente nacional. De ahí que ni los candidatos número 1 por Baleares, ni tampoco los responsables orgánicos de los dos partidos, tuvieran peso alguno en la estrategia electoral. Al igual que en las anteriores, todo era Zapatero o Rajoy. No había más. Lo reconocía implícitamente por parte conservadora Rosa Estaràs el día 17 de febrero al presentar el programa electoral de su partido: “Rajoy será presidente y cumplirá con Baleares”. Casi igual, aunque al revés, decía el candidato socialista, Antoni Garcías, el día 22 del mismo mes: “el PP no tiene autoridad

moral para criticar a Zapatero y de acusarle de no cumplir con Baleares”. Todo era nacional, las Islas únicamente importaban, si acaso, como receptáculo del diario del gobierno central.

Justo antes de iniciarse la campaña oficial llegó a Baleares Mariano Rajoy. Una rápida e intensa turné por cada isla culminaba el anochecer del 20 de febrero en Inca, ante más de 4.000 entregados seguidores, - menos de lo esperado -, a los arengó con ataques a su contrincante: “Zapatero tiene su residencia en la Luna”, “los españoles necesitan un gobierno serio”, “España necesita un presidente que crea en la nación”. Y así una frase tras otra con escasas referencias autonómicas. Era un optimismo sordo, impostado, que no acababa de ser triunfalista ni a nivel nacional ni a nivel local, y que delataban a un PP que no las tenía todas consigo.

A medianoche del 21 comenzaba la campaña. *Última Hora* editorializaba al día siguiente de la llegada de Rajoy “PSOE y PP encaran las 2 semanas previas al 9-M con un ajustado empate técnico en las encuestas”. Sabía lo que decía. El primer debate televisado entre los dos líderes, Zapatero y Rajoy, celebrado cuatro días después, el día 25 de febrero, y cuyo eje central fue la economía, tuvo una audiencia histórica de 13 millones de espectadores, la cual, a decir de los periódicos del día siguiente, había ganado Zapatero por escaso margen. Sin embargo, otra encuesta del Instituto Balear de Estudios Sociales (IBES) en exclusiva para *Última Hora* revelaba que en Baleares la brecha era aún mayor: el 39% daba ganador a Zapatero y sólo un 32% a Rajoy. Todo un presagio.

En este clima de tensión en que el PSOE balear veía que podía empatar o incluso superar en votos al PP, implicaba que el bipartidismo no tenía oposición real. No obstante, los de *Unitat* y *EU-Verds*, inasequibles al desaliento, se intentaron movilizar a fondo. La candidata ecocomunista, Marisol Ramírez se mostraba entusiasmada el día 23 de febrero, asegurando que el objetivo “es posible” mientras que *Unitat* reunía el mismo día en el Auditorium de Palma a unas 1.300 personas, ante las cuales Sampol clamaba que “somos el único voto

útil para las Islas Baleares porque PP y PSOE no son más que las dos caras de la misma moneda centralista”. Pero el entusiasmo de los partidos minoritarios recibía un duro golpe el 24, cuando *Última Hora* publicaba otra encuesta de IBES en la que se daba por seguro un empate a cuatro escaños con la casi imposibilidad de que el tercer partido lograra el 12% necesario para arrebatarse uno al partido menos votado, que por primera vez podía ser el PP.

Este clima asfixiadamente bipartidista llegó a ser reconocido por una IU quejosa del PSOE. En un acto en Palma, ante escasas 300 personas, Gaspar Llamazares, implícitamente dejaba entrever lo que se les venía encima: “el PSOE no lucha tanto para ganar las elecciones cuanto para ganar a la izquierda y así tener mayoría absoluta”. Cuánta razón tenía. A pesar del perfil bajo de sus candidatos, los socialistas isleños estaban cada vez más eufóricos por el viento que soplaba a su favor, - un PP local en muy baja forma, y una indisimulada fortaleza del PSOE nacional -, por lo que se ocuparon de organizar lo mejor posible el acto de Zapatero en Palma. Fue el 26 de febrero, en el Palma Arena. Reunió a unos 8.000 entusiastas, casi el doble que el PP. Aplaudieron a rabiar al apóstol del nuevo talante que les prometió “solucionar el maltrato (inversor del gobierno nacional) a Baleares”, así como les instó a movilizarse para evitar que “los del PP, que están secos” puedan llegar al gobierno, advirtiéndoles solemnemente que “elegimos entre un proyecto de diálogo y otro de crispación”.

La campaña llegaba a su fin con la absoluta confianza socialista en la victoria. Se basaba el optimismo no sólo por las encuestas, que les daban una victoria por la mínima, sino también en que el mensaje negativo de la crisis por parte del PP no había llegado a hacer mella en el electorado. La puntilla de este optimismo llegó el 3 de marzo con el segundo cara a cara televisivo. Su líder vapuleó a Rajoy, al menos en opinión de casi todos los medios: “Aplastante triunfo de Zapatero ante Rajoy”, titulaba *Última Hora* al día siguiente.

Los resultados nacionales

El día de las elecciones había papeletas para 97 partidos, el máximo registro de toda la historia electoral. Sin embargo, este número no supuso ningún aumento significativo en la participación que terminó siendo en toda España del 74%, dos puntos menos que en las anteriores. Tras el recuento se confirmaron las predicciones, y el PSOE continuó siendo el partido más votado, subiendo incluso del 43% al 44%, y unos doscientos cincuenta mil votos. El PP subió dos puntos, del 38% al 40%, algo más de quinientos mil votos, quedando por lo tanto cuatro puntos por debajo del PSOE. En contraste a ambas subidas, IU continuó su caída perdiendo más de cuatrocientos mil votos y bajando del 5% al 4%, registrando el peor dato de toda su historia con un solo diputado por Madrid y uno por Cataluña a través de ICV. El siguiente partido de ámbito nacional fue UPyD, una marca de nuevo cuño liderada por la socialista Rosa Díez pero de carácter profundamente antinacionalista, y que obtuvo un 1% de los apoyos.

El incremento de voto de los dos partidos mayoritarios, junto a las escasa diferencia entre ambos, de algo más de cuatro puntos, supuso la mayor concentración del voto (bipartidismo) de toda la historia, un 85%, con un correlativo descenso muy significativo del sufragio nacionalista, que no superó el 9% en uno de los registros más bajos de toda la democracia igualando a lo obtenido en 1982.

Los resultados en Baleares

En Baleares, las veintiuna candidaturas presentadas también fueron el número más alto de toda la historia, aunque casi todas ellas eran de ámbito nacional y sólo tres claramente autonómicas: *Partit Illenc de Ses Illes Balears*, *Aliança Balear* y la ya mencionada *Unitat per les Illes*.

La participación bajó un punto, más o menos lo mismo que en el resto de España, pero del 69% al 68%, es decir sobre una base seis puntos menor como ya era habitual. Sin embargo el comportamiento de voto registró diferencias importantes por primera vez en toda la serie. Por un lado las previsiones demoscópicas se cumplieron a la perfección, y el PP, acusando una importante crisis de liderazgo doméstico, bajaba dos puntos, del 47% al 45%, algo que no ocurría desde 1986. Pero este decremento no era paralelo al comportamiento nacional, sino que por primera vez, mientras aquél subía, aquí bajaba. El PSOE, en cambio, subió cinco puntos y unos veinticinco mil votos, del 40% al 45%, empujado claramente por la tendencia nacional pero también por la propia acción de gobierno autonómico, en contraste con la debilidad de un PP derrotado en las autonómicas.

Dichos resultados, además suponían no sólo el empate a cuatro diputados que habían adelantado las encuestas, con lo que el PP perdía uno y el PSOE lo ganaba, sino que éste último, tras veintidós años de derrotas electorales consecutivas, volvía a saborear la mieles de ser el partido más votado, ya que llegó a obtener alrededor de mil votos más que el PP. Una victoria simbólica, evidentemente, pero victoria al fin y al cabo en términos políticos y desde luego electorales.

El resto de partidos obtuvieron más o menos lo previsto, es decir, lejos del diputado. La coalición *Unitat* registró un escaso 5% con algo más de veinticinco mil votos, confirmando así los peores augurios de que muchos de sus votos potenciales, no convencidos con la candidatura, acabaron en el PSOE o en la abstención. Y en cuanto a EU, a pesar de su coalición con el *Els Verds*, se tuvo que conformar con trece mil quinientos votos, un desastre al no llegar siquiera al 3%.

Elecciones generales 2.008 en Baleares. Resultados al Congreso										
	Resultados en miles					Resultados en %				
	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.
Censo electoral	706.911	550.399	62.876	77.316	5.282					
Abstención	229.249	170.954	21.313	26.977	2.088	32,4	31,1	33,9	34,9	39,5
Voto emitido	477.662	379.445	41.563	50.339	3.194	67,6	68,9	66,1	65,1	60,5
Voto nulo	4.079	3.189	433	406	22	0,9	0,8	1,0	0,8	0,7
Voto en blanco	6.026	4.605	714	663	36	1,3	1,2	1,7	1,3	1,1
TOTAL CANDIDATURAS	467.557	371.651	40.416	49.270	3.136	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
PSOE - PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL	209.451	161.985	19.069	24.934	1.656	44,8	43,6	47,2	50,6	52,8
P.P. - PARTIDO POPULAR	208.246	167.855	17.124	21.146	1.153	44,5	45,2	42,4	42,9	36,8
UNITAT PER - UNITAT PER LES ILLES	25.454	23.247	1.339	663	151	5,4	6,3	3,3	1,4	4,8
EU-EV - ESQUERRA UNIDA - ELS VERDS	13.447	10.230	1.762	1.277	107	2,9	2,8	4,4	2,6	3,4
UPYD - UNION PROGRESO Y DEMOCRACIA	3.107	2.486	225	369	13	0,7	0,7	0,6	0,8	0,4
LV-GV - LOS VERDES-GRUPO VERDE	2.098	1.485	218	346	16	0,5	0,4	0,5	0,7	0,5
PACMA. - PART. ANTITAURO C.MALTRATO ANIMAL	1.173	923	103	96	10	0,3	0,3	0,3	0,2	0,3
CENB - CIUDADANOS EN BLANCO	1.010	816	132	53	5	0,2	0,2	0,3	0,1	0,2
C'S - CIUDADANOS-PARTIDO DE LA CIUDADANIA	723	474	182	58	2	0,2	0,1	0,5	0,1	0,1
PUM+J - POR UN MUNDO MAS JUSTO	425	330	41	40	6	0,1	0,1	0,1	0,1	0,2
P.C.P.E. - P.COMUNISTA DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA	415	290	36	82	3	0,1	0,1	0,1	0,2	0,1
PIIB - PARTIT ILLENC DE SES ILLES BALEARS	360	293	17	37	5	0,1	0,1	0,0	0,1	0,2
F.E. DE LAS - FALANGE ESP. DE LAS J.O.N.S.	334	288	11	25	4	0,1	0,1	0,0	0,1	0,1
PFYV - PARTIDO FAMILIA Y VIDA	284	221	17	21	1	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0
DN - DEMOCRACIA NACIONAL	250	150	39	60	-	0,1	0,0	0,1	0,1	0,0
PH - PARTIDO HUMANISTA	206	141	45	15	1	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0
TD - COAL. TREBALLADORS PER LA DEMOCRACIA	159	125	5	16	2	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1
F.A. - FALANGE AUTENTICA	158	121	17	18	1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
ABA - ALIANÇA BALEAR	145	103	23	3	-	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0
AES - ALTERNATIVA ESPAÑOLA	112	88	11	11	-	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0

Diputados electos: María Salom, Enrique Fajarnés, Juan Carlos Grau y María Antònia Mercant (PP), y Antoni Garcías, María Gracia Muñoz, José Manuel Bar Cendón y Miriam Muñoz (PSOE)

Elecciones generales 2.008 en Baleares. Resultados al Senado			
Isla	Partido	Senador	Votos
Mallorca	P.P	Juan Fageda Aubert	160.431
Mallorca	P.P	Juana Xamena Terrasa	155.183
Mallorca	PSOE+EXC	Francisco Javier Ramis Otazua	154.956
Menorca	PSOE+EXC	Arturo Bagur Mercadal	21.023
Eivissa-Formentera	PSOE+EXC	Pedro Torres Torres	26.513

A pesar del descenso conservador, el ascenso del voto socialista permitió que el bipartidismo escalase a posiciones nunca vistas, pareciendo no tener cima a la que llegar. Del 85% de los votos que sumaron PP y PSOE en el año 2004 se ascendía a un impresionante 89%, cuatro puntos más que la ya alta media española. Y eso era así a pesar de la elevadísima fragmentación de veintiún partidos, y que podría hacer dudar si incluso una excesiva oferta electoral no podía tener el efecto contrario al esperado en cuanto a la concentración del voto.

Por Islas los resultados no tuvieron muchas diferencias pero a nivel municipal éstas fueron mucho más significativas. Del hecho, que el PSOE no hubiera ganado en ningún municipio en el año 2000, y que lo hubiera conseguido en 17 de ellos en el año 2004, ahora se pasaba a 28, entre los cuales destacaban Sant Josep de sa Talaia, Eivissa, Formentera, Son Servera, Artà, Es Castell, Capdepera, Alaró y Sant Lluís, todos ellos con entre el 50% y el 60% del voto. El PP venció con distancia en Escorca, Sant Joan de Labritja, Muro, Sa Pobla, Estellencs, Santa Margalida, Valldemossa, Campos, Llubí y Ariany, conservando aunque por mucha menos distancia siete de los diez más importantes exceptuando Calviá, Mahón e Ibiza. Unitat obtuvo buenos registros alrededor del 20% en Petra, Vilafranca de Bonany, Costitx, Campanet, Sant Joan, Llubí y Ariany, mientras que EU-Verds sólo llegó al máximo del 5% en Es Castell, Ferreries, Alaior y Maó.

En cuanto a la polarización del voto entre la izquierda y la derecha, el asunto vuelve a ser de difícil análisis, puesto que muchas candidaturas fueron del todo inclasificables ideológicamente: Ciudadanos en Blanco, Partido de la Ciudadanía, Por un Mundo Más Justo, *Partit Illenc*, Partido Humanista, *Aliança Balear*.... Con todo y con esto, el hecho de que 11 candidaturas obtuvieran menos del 0,1% cada una y todas ellas no sumaran más que un 0,6%, permite no contabilizar a las más dudosas, asumiendo con ello un error que puede considerarse despreciable. De esta manera podemos analizar que la izquierda (PSOE-EU/Verds-UPyD-Verdes-OCOE-CTD) llegó hasta el 48%, mientras que la derecha nítida (PP-FE/JONS-Familia y Vida-Democracia Nacional-Falange

Auténtica-Alternativa Española) sumaría el 44% de los votos. Claro que esta división por ámbitos ideológicos choca con los resultados de *Unitat*: ¿dónde clasificarla? Por semejanza de los ejes esenciales de su programa electoral con el de CiU cabría considerarla –y a pesar de la presencia de PSM y ERC- como una oferta derechista. Siendo así, estaría claro que su 5% daría la victoria a la derecha con el 49%, pero sin duda sería una equivocación puesto que no cabe considerar bajo ningún prisma derechista buena parte del voto histórico del PSM que fue a parar esta vez a *Unitat*. Por tanto, lo más lógico sería no contabilizar el resultado de esta coalición ni en un sitio ni en otro, que es, al fin y al cabo, a lo que aspiran los nacionalistas, a ser el famoso y nunca visto en Balares tercer espacio.

- - - -

A efectos estrictamente autonómicos, aquellas elecciones de 2008 proporcionaron un dato nada baladí. Independientemente del hecho histórico que el PP quedara por debajo del PSOE, la unidad de todo el nacionalismo no sumaba sino que restaba y, al cabo, dejaba en evidencia el escaso poder de convocatoria de un experimento de esta índole. Este tercer espacio “unido” se saldaba con el estrepitoso fracaso del 5%, cuando por separado, podían haber sumado entre el 7% y el 10%. Claramente, el nacionalismo no hacía un buen negocio uniendo siglas. Una lección que el PSM, el partido ampliamente mayoritario de este ámbito, aprendió para el futuro. Sin embargo, a escasas horas de los resultados, el derrotado Pere Sampol, aún echaba la culpa al manido e intangible bipartidismo afirmando que “*Unitat* ha roto el bipartidismo en los pueblos”. Era una opinión de circunstancias. Probablemente ya sabía que su partido miraba el futuro alejándose de experimentos de esta guisa, pero el tópico servía para la ocasión. Marisol Ramírez, para explicar la debacle rojiverde, lamentaba en similares términos “hemos sido víctimas del ‘tsunami’ bipartidista”.

El presidente del gobierno autonómico, Francesc Antich, se mostraba más que encantado, feliz. Sentenciaba que los resultados eran una valoración “muy

buena” del gobierno de coalición centro-izquierdista balear, mientras que Rosa Estarás, como si la derrota no fuera con ella, echaba balones fuera apuntando a la oposición: “el PSOE ha devorado a su izquierda”, o con declaraciones en El Mundo como “Estarás declaraba en el Mundo al día siguiente que “la culpa la ha tenido la marcha de Matas”, con nula autocrítica a lo que había sido su papel en los resultados, y quizás pensando que su futuro no pasaba por quedarse en Baleares mucho más tiempo.